



Todas las cosas son imposibles, mientras lo parecen.
Concepción Arenal

Capítulo - email 9

School of Possible Studies

Sin saberlo, con la puesta en marcha de la escuela, entraba en la parte más intensa de la vida de alguien sin nombre. Allí donde, a diferencia de tu cuerpo, todo lo que haces está suficientemente definido como para funcionar y servir a la gente. Curiosamente, aquella época coincidió con una conciencia dolorosa del paso de los años y una progresiva sensación de fragilidad y miedo a difuminarme en exceso, a cumplir las amenazas de desaparición que los médicos daban como segura posibilidad cuando era niña. Como efecto, tercamente, te empeñas en hacer y hacer, como si tu trabajo conformara una segunda piel apropiable por otras personas que te permitiera vivir de otras maneras en los demás. La vida sí, ¿le he dicho ya cómo me gusta la vida? Apúntelo, por favor, para ese nombre que buscamos, la vida debiera ser lo esencial en esa palabra.

Y volviendo al asunto de la escuela, no puedo decir que naciera como proyecto definido y cerrado, pues la *Escuela de Estudios Posibles (EEP)* sigue viva y cambia cada día. Lo único que permanece es que todos, independientemente de los años y de la experiencia que tengamos, nos seguimos considerando estudiantes.

Ya le apunté en alguna ocasión y usted lo sabrá, que la escuela no nació sólo como plataforma virtual para la autoformación, sino que cuenta con aplicaciones para el autoempleo en Internet. La escuela tiene además su esqueleto visible desde afuera: estructura y aplicaciones son recursos libres que hemos ido creando colectivamente y compartiendo, recursos que forman parte también de ese proceso de formación y trabajo. Pero lo más importante ha sido, pienso yo, que creamos las condiciones para que la gente aprenda a programar, a entender la lógica que les permite crear sus propios espacios en la red e interpretarlos. La programación es algo importante en nuestra escuela ¿Acaso alguien duda que lo primero en un mundo en red es enseñar a leer y a escribir... también código? ¿Puede haber algo más elemental y necesario que enseñar a las personas a ser autónomas y a gestionar los espacios y tiempos que habitan desde el nivel más básico de programación y control? Cuando decíamos esto, los de Feisbuk se echaban unas risas y nos dedicaban un “me gusta”. Para qué engañarnos, la sonrisa que le devolvíamos era igualmente irónica.

A grandes rasgos los contenidos que se trabajaban en la *Escuela de Estudios Posibles* estaban relacionados con la tecnología, la creatividad y el pensamiento. En todos ellos estaba implícita la pregunta por el valor de lo que hacíamos, no me refiero solamente al valor económico, sino especialmente al valor ético, ese que alude al comportamiento del “yo” pensando en “nosotros”, en un mundo que no es propio sino compartido. Y por supuesto, siempre estaban presentes la programación y la lectura. Facilitábamos acceso gratuito, tanto a las más ingentes como a las más pequeñas bibliotecas online para las que ideamos eficaces programas de traducción. Lo importante en todo caso no era el exceso de fuentes consultadas, lo importante era que creábamos las condiciones para que las personas de la EEP pudieran disponer de su tiempo para leer y pensar por sí mismas. Es decir que junto a los recursos les ofrecíamos el tiempo becado para su lectura. Por ello, nuestro requisito para seguir en la *Escuela de Estudios Posibles* no era “hacer” sino que cada cual fuera capaz de argumentar sus razones y sus valores en los proyectos que iba creando, proyectos de ingeniería para la vida, orientados a transportes, ropa, robótica, alimentación, sostenibilidad, salud, proyectos de biotecnología, de movilidad, de redes, de energía, de educación... muchos online, pero otros muchos ideados para el mundo material.

Bien pronto muchas personas desorientadas comenzaron a adquirir el brillo de las personas con nombre elegido, ese que las elecciones foráneas, los estudios históricos, la religión y las tarjetas de visita han sobado durante tanto tiempo. Otros seguían diluidos, como borrosos, pero reclamaban su derecho a seguir buscando su estudio-trabajo-ser posible. También lo hacían pensando en un empleo remunerado, pero el pago no siempre era dinero. Quiero decir que también surgieron varios proyectos donde la equivalencia de dinero de plástico por muñeca de plástico (que a mí me negaron de pequeña) existía, y que esos, como otros intercambios, también han ido tomando forma en la EEP.

En pocos años nos sorprendió un inesperado aumento de matrículas de gente con y sin nombre de todos los lugares del mundo, por lo que tuvimos que reprogramar nuestro sistema para una mejor gestión de las posibilidades de estudios y trabajos online que iban naciendo. No fue difícil pues la escuela se ha mantenido autogestionada por los propios estudiantes que terminaban trabajando en ella. Hoy, casi un tercio de los estudiantes de la EEP son mujeres africanas y esto ha supuesto un increíble impulso especialmente para facilitar el acceso libre y mundial a la red y, como efecto, a la autoformación.

En la EEP cada cuál ha creado su particular fosforescencia virtual vinculada con su mundo y los nombres que buscaban. El objetivo tachado de igual manera como ingenuo, esencial o revolucionario es poder vivir de aquello que te gusta y que, si no existe, tú propones o inventas.

No piense sin embargo que en la EEP sólo hay lugar para la utopía, o que quiero desviar la atención hacia un balance bellamente enmascarado. No negaré que lo que más abunda en la escuela es el conflicto y las dificultades. De no haberlos, estaría hablándole de ficción y no de mi experiencia vivida.

Cuando llegó hace unos días ese mensaje del gobierno sueco, el proyecto no se tambaleó. La escuela aceptó el nobel de creación igual que aceptamos los otros premios que nos han dado. Pero fue como cuando por la noche una estrella brilla más que las otras y se queda con todas las miradas. Pues eso, que tuvimos muchas miradas y más visitas en esos días que a punto estuvieron de colapsar la EEP. Cierto que una foto misteriosa que dice ser de una mujer sin nombre aparece en muchas enciclopedias como una de las ingenieras fundadoras de la EEP, sin embargo como no tiene nombre asociado, a veces ponen una foto mía, pero casi siempre la ponen de otra persona.

Sí, ya sé, pensará usted que ahora que tengo la oportunidad de contribuir a modificar las enciclopedias que tanto he criticado, me resigno a no aparecer por no tener nombre, por no estar de acuerdo con su filosofía, o por dieciocho o más excusas que pueda darle. Y yo, que conforme le escribo intento desenmarañar mis sensaciones encontradas al respecto, creo que no se trata de que en la EEP trabajemos por puro altruismo, ni que nos sintamos obligados a trascender con obras anónimas. De hecho a mi vanidad le agradaría que pusieran mi foto y no me importaría, de tenerlo, que citaran mi nombre. Reconozco lo hecho. Pero igualmente no exagero al decir que a mí la fama no me gusta tanto como “el tiempo”, como dedicar mi tiempo a lo que me gusta. En el fondo mi mayor razón para todo esto es también egoísta. Si me hubiera hecho famosa con nombre, ¿sabe usted el tiempo que perdería en entrevistas y en desmentir cosas sobre mi vida e intimidad, sobre si vivo con Alex o sobre si llevo las uñas pintadas? Y el tiempo es lo que a mí más me importa, la moneda más valiosa.

Vaya. Lo pienso ahora y es como si todas las capas de mi pensamiento crepitadas de interferencias, de pronto se asentaran como cenizas y el humo sólo fuera de... tiempo. Porque yo lo que querría es más tiempo. Más si cabe

desde que los años han difuminado tanto mis límites que mi apariencia de fantasma le asustaría. Y no hay día en que no dude si al despertar, el cuello logrará levantar la cabeza y los dedos tendrán la fuerza suficiente para teclear. Hace unos años que ya me he quedé sin cejas y sin los dedos de los pies. Cuido como ni se imagina mis ojos y mis dedos para seguir interviniendo tras esta ventana y para poder mirar cada día por la que da al monte Artxanda. A ambas ventanas suelo dedicar algo de mi tiempo acompañada de amigos y fetiches. Sobre el alféizar de la que da al mundo material, tengo aún la minúscula y manoseada pieza de puzzle que liberé hace tantos años de su destino de milimétrica porción de cielo azul.

Llegados a este punto, no crea que al pronunciar ese nombre que buscamos, no temo alguna respuesta que trastorne la desaparición ya iniciada por mi cuerpo en uno u otro sentido. Me da miedo desaparecer del todo, pero también que mis límites dejen de ser borrosos y se marquen, de forma extraña para mí, como el grafito con que los niños perfilan insistentes sus dibujos, tanto que me convierta en un robot o en un ser cuadriculado, determinado, sin contradicciones ni fisuras. Bien pensado me gusta fundirme en su justa medida en mis paseos por la calle. Es tan placentero caminar y camuflarme entre los árboles del parque o entre las casas... Porque, ¿le he dicho ya cómo me gusta la vida? Ese cielo despejado, a veces una lluvia fina y nubes que son un zapato gigante, una cabeza de elefante.... Levantarme cada mañana y esperar a que vaya conformándose la piel como un holograma, confiando en que mano y pie estén en su sitio... Pues eso, que yo volvería a vivir una y otra vez y siempre querría ser dueña de mi tiempo y de mi vida. Entienda, por favor, que tenga miedo a este momento.